

Agosto 29 de 1967.

Querida Josefina:

Estoy pensando en tu nuevo libro, con idea de escribir una nota sobre él. Con este motivo he recordado tus libros anteriores y he llegado hasta aquel primero y hasta el momento en que supe de él. Fue en una lectura que en tono muy confidencial me hiciste, casi en los comienzos de nuestra amistad.

Recuerdo tu modestia, tu fino temblor; recuerdo mi sorpresa, mi entusiasmo, mi alegría, de recordarte y descubrirte en las severas páginas.

Yo descubría, Josefina, tu personalidad original: lo que en ti hay de severo y de gracioso, de fuerte y delicado, de seguro y dócil.

La inteligencia se trabaja por la sensibilidad, raro caso que no se da en general en las personalidades femeninas. La tuya es así originalísima y ejemplar.

Remontándome a aquellos días (recuerdo a tus hijos en ese tiempo) pienso cómo esas condiciones que vi han seguido intensificándose y cómo culminan en este diálogo del alma y el ángel, en donde tensión y docilidad sostienen como en una cuerda musical sabia, la presencia viva del Espíritu y de la Palabra.

Alfredo encuentra un parentesco de esta obra tuya con la de Raimundo Lulio, sobre todo con el Libro del Amigo y el Amado. No sé si lo conoces: es un libro encantador, cuya gravedad y trascendencia no ensombrece ni agota la flor diáfana de la confianza.

Hay allí esa docilidad que hay en tu prosa, en tu razonamiento, en tu actitud frente a la vida y a lo sobrenatural. ¡Qué envidiable docilidad! Pienso en ella y recuerdo las hermosas revelaciones de Eugenio D'ors sobre el encuentro del

113

Alma con el Angel. Para D'ors así como hay el subconsciente, hay también la sobreconciencia. Y es allí donde se realizan las bodas del Alma y el Angel, tu diálogo, querida Josefina.

Dejo esta carta. No sé si te cansará. No encuentro otro modo de llegar a ti. Lo he aprendido de Eladio Dieste, el padre de Eladio. Cuando yo estaba enferma él me escribió desde Artigas una larga serie de cartas contándome progresivamente toda su historia, desde Galicia de su infancia hasta el momento en que encontró a la que habría de ser su mujer. Las cartas eran encantadoras; frescas, plenas de vida. Siento no saber escribir así; ni tener cosas interesantes para contar. Los días son grises. El invierno lo tercó. Pero hay una primavera del corazón y esa es la que te ofrezco en un abrazo fraternal.

Esther de Cáceres.